

por todas partes de viñas y amenos jardines, y situado —poco distante de la ciudad de Brindis— en una deliciosa llanura y bajo un cielo siempre apacible y risueño. Mi amadísimo padre esmeróse mucho en mi primera educacion, confiándola, desde mi tierna edad de seis años, á los RR. PP. Escolapios, que á la sazón tenían en Francavilla Fontana un colegio floreciente.

Francavilla es una respetable ciudad de más de veinticuatro mil almas, con anchurosas y hermosas calles, con muchas iglesias, numerosos conventos y hospitales, y un colegio para la educacion de la nobleza juvenil. Es una de las más cultas y aristocráticas ciudades de toda la provincia; y yo siempre la he tenido, tanto por mi larga estancia en el colegio, como por la vida moral é intelectual que allí heredé de los RR. PP. Escolapios, por mi segunda pátria.

—Ya que me encuentro aquí—me dije entonces— y, gracias á Dios, está ya buena mi madre, bueno será que trabaje para que mi permanencia en esta resulte algo ventajosa para mi templo de Pompeya.

Al efecto, me propuse recorrer todos los pueblos circunvecinos, para ir publicando en ellos las divinas grandezas del Rosario, y recoger al propio tiempo cuantas suscripciones y limosnas

pudiere para la nueva iglesia que tan ocupado me traía.

Comencé mi peregrinacion, desde mi segunda pátria, Francavilla. Recuerdo con precision el día: era el 24 de Marzo del siempre memorable año de 1876, víspera del más solemne y venturoso día para la humanidad, día en que el paraninfo celeste descendía del Empíreo, enviado por el Eterno para anunciar á la más afortunada de las criaturas, á la Inmaculada Virgen de Nazaret, la buena nueva de que Dios la destinaba y la elegía para su Madre y su coadjutora para llevar á cabo la grandiosa obra de la redencion del mundo; quiero decir, la Anunciacion de María y la Encarnacion del Verbo Divino.

Habían pasado dieciocho años desde que dejé Francavilla. Es verdad que entre los principales señores de la ciudad, había muchos de mis antiguos amigos y compañeros de colegio; pero con todo, me temía mucho que una generacion crecida, durante mi larga ausencia, en un ambiente saturado del espíritu moderno, espíritu de indiferencia en materia de religion, espíritu de partido y de luchas intestinas en lo civil y político, me temía mucho —repito— que una generacion crecida en tan desfavorables condiciones para los intereses religiosos, acogiese con la mayor frialdad mi proyecto.

Pensé sería prudente dirigirme primero á una de las más distinguidas familias del patriciado francavillano, á la del Comendador Don Luis Foresio, cuyo hijo Don Juan había sido mi discípulo y camarada.

La cordial y cariñosísima acogida que me dispensó esta familia, mitigó bastante mis temores, inspirándome además nuevo aliento para proseguir mi pesada tarea. Le expuse luego el objeto de mi visita, y le pedí una nota de todas las familias á las que podía presentarme sin temor de verme desairado ó humillado en mi demanda.

— Afortunadamente — me contestó Don Luis — se encuentra entre nosotros nuestro amadísimo Padre y Pastor el Ilmo. y Rmo. Obispo de Oria. Es sumamente rico, millonario: ha dado últimamente ciento cincuenta mil liras á los Reverendos PP. Pasionistas de Manduria, para edificar allí un convento y una iglesia, todo de nueva planta.

Dilatóseme el corazón al oír tan buena nueva, y fortalecido mi ánimo ante la esperanza que me infundía la halagüeña perspectiva que me parecía columbrar ante la generosidad del Ilustre Prelado, dije para mi interior: si para una ciudad como Manduria que tiene tantas iglesias, dá mi Prelado la cuantiosa suma de ciento cincuenta

mil liras, ¡oh!, cómo me recibirá á mí, natural de su Diócesis, y que trato de edificar una iglesia en un punto donde Dios es tan poco conocido y todavía menos amado!

La primera visita, por consiguiente, quise hacerla al munífico y santo Prelado. Y así, con tan lisonjero presentimiento, fuíme á su palacio.

— ¿De parte de quién debo llevar el recado? me preguntó un camarero.

— De parte del señor abogado Bartolo Longo, de Latiano, le contesté enseguida.

Después de unos cuantos minutos, apareció la venerable figura de un anciano de elevada estatura, pero demacrado por el peso de los años, el cual, parándose á cierta distancia, miróme con mucha atención. Mi aspecto no debió parecerle muy halagüeño; mi pálida faz y mis ademanes tal vez, hicieronle ver en mí alguna persona sospechosa. Sin duda más de una vez y á costa de su bolsillo hubo de experimentar, durante su larga carrera, la perversidad de los hombres, y por consiguiente no es extraño que su mucha experiencia le hiciera circunspecto y algo receloso. Y como no pasan en vano los años, su respetable edad de ochenta, hábale además entorpecido mucho el oído.

— ¿Quién eres y qué deseas? me preguntó con algun recelo.

—Soy —Ilustrísimo Señor— el abogado Bartolo Longo, de Latiano, le respondí en alta voz para que me pudiese entender: há muchos años que vivo en Nápoles, la Providencia me ha llevado á Pompeya, el Sr. Obispo de Nola ha tenido á bien poner sobre mis débiles hombros el pesadísimo cargo de hacer edificar allí una iglesia, para que los pobres campesinos de aquella abandonada tierra, que carecen de ella, siquiera puedan vivir cristianamente; y antes que á ninguno otro, he venido á visitar á su Ilma. como á mi amado y venerado Padre y Pastor, á implorar la largueza de su paternal bondad en favor de una obra tan beneficosa y santa.

Naturalmente que debiendo hablar fuerte para hacerme oír y mucho más por esa especie de natural rubor que suele ser hijo del acto de demandar una limosna, inmutóse sin duda el color de mis mejillas; lo cual, unido á mis palabras, bastó para que el venerable anciano se confirmase en su preconcebida idea, tan desfavorable para mi humilde persona, de que trataba de hacerle víctima de algun engaño, tanto más, cuanto que siendo yo un desconocido para él, me veía en el acto de mi demanda con cierta resolucion y desenfado. Así es que, para abatir mi osadía y librarse de tan importuna visita, me contestó con acento muy significativo:

—¿Ha dicho el Obispo de Nola? le conozco. El es muy rico; por sí solo puede edificar una iglesia. Vuelve, pues, vuelve á él.

—Ruego á V. E. tenga á bien escucharme.

—Véte, véte, me replicó con más vehemencia.

—Lo cual acabó de descorazonarme, y bajando la cabeza en señal de reverencia, todo confuso y amedrentado, y lleno de rubor y vergüenza, tomé mi sombrero y dirigíme hácia la escalera, para salirme cuanto antes de un lugar donde tan desfavorable acogida había tenido mi demanda.

Una vez en la calle, corrido y avergonzado de mi mismo, exclamé:

—¡Oh! he comenzado bien! Si así me trata el Sr. Obispo, ¿qué espero de los demás? qué, sino que me prendan y me lleven á la cárcel?

Estuve indeciso si volver en seguida á Latiano, ó quedarme aquel dia y el siguiente en Franca-villa, para probar si, valiéndome de mis antiguas relaciones, podría resarcirme del gran desengaño que acababa de sufrir. Me resolví por esto último, á pesar del desaliento que se había apoderado de mí despues de la descomunal repulsa que me cupo, por mi desdicha, en la casa del primero y más caritativo personaje de la villa, á fin de no perder mi viaje á mi querida pátria, y que no fuese sin el menor provecho para mi

intento mi estancia entre mis antiguos paisanos. Fúme, pues, de nuevo al Sr. Comendador Foresio y le referí la mala suerte de mi empresa.

—Es preciso—me dijo el Sr. Comendador—que el venerable Prelado le haya tomado á usted por otro, para mostrársele tan ceñudo. Dése V. á conocer á Su Ilustrísima por medio del señor Síndaco, su pariente de V., y estoy seguro de ello, se apresurará á reparar su pasada equivocacion.

Seguí fielmente tan discreto consejo, y el señor Síndico, D. Juan Galante, me trajo por respuesta la oferta de veinte liras, con muchas disculpas de parte del hermano del anciano y venerable Prelado (1). Mientras tanto, en estas idas y venidas, y por un cierto desaliento de que me hallaba sobrecogido, pasó aquel dia sin otra cosa digna de mencion. El desaire recibido me estaba diciendo nó era prudente me presentase solo á las familias, siendo como era desconocido, sino acompañado de alguna persona de respeto que

---

(1) A fin de tributar el debido homenaje á la familia del ilustrísimo Prelado, á la cual era yo por aquel entónces desconocido, debo notar aquí que su sobrina, la egrégia señora Margarita Carísimo, costea actualmente la erección de una capilla en Francavilla, en honor de la Virgen de Pompeya. ¡Maravillosas disposiciones de la Providencia!

garantizase la santidad de mi demanda, y asegurase á las familias de todo peligro de engaño. Era, pues, necesario que yo me escudase bajo la influencia de un buen amigo que, con entera confianza y sin temor de exponerme á nuevos desaires, pudiese presentarme á ellas. Fué esto lo que más me preocupó aquella noche. Estaba hospedado en la casa del arriba mencionado Sr. Alcalde; madrugué mucho al dia siguiente; dos horas antes de amanecer estaba ya levantado.

El alegre y festivo clamoreo de las campanas de la Santa Iglesia Catedral anunciaban llegada la hora de saludar, con los arreboles de la mañana, á nuestra divina Madre, dirigiéndola la misma salutacion con que há ya diecinueve siglos y medio, ese mismo dia y á la misma hora, la honró el paraninfo celeste anunciándole el gran misterio, escondido á los ojos de los grandes y de los sábios del mundo—como dice el Apóstol—misterio á todas luces grande de piedad, de la Encarnacion del Verbo Divino, y la eleccion que el Altísimo hiciera de su humildad, para ser Madre de su Unigénito.

Todavía no se dejaba ver en nuestro hemisferio la radiante faz del astro del dia. Las ondas sonoras de los sagrados broncez alegraron mi corazon, inspirándome á la vez tiernos sentimientos

de recogimiento y oracion. Me prosterné, elevé mi espíritu hácia la Bendita entre las mujeres, y, con las sublimes palabras del mensajero celestial, la saludé con todo el afecto de mi corazón, manifestándola al propio tiempo la necesidad que tenía en ese día de un ángel en figura humana, que me confortase y guiase á anunciar á los vecinos de Francavilla la buena nueva de su nuevo templo en Pompeya, de aquel mismo templo que—por más que por aquel entónces á mí no se me alcanzase—había de ser, segun los altos designios de Dios, en el decurso de los años, tambien un misterio, pero un misterio de amor, un misterio de piedad inefable. *Et manifeste magnum est pietatis sacramentum.* Misterio de bondad y de misericordia de María hácia los ingratisimos hijos de los hombres, en una época tan estragada como la nuestra, que, cuanto más la irradia de luz el cielo, tanto más á tientas anda, y cual las aves nocturnas, más atolondrada y más ciega queda. En efecto, no más tarde que siete años—como luego se dirá—Francavilla recibía de las inagotables riquezas de bondad de María inapreciables beneficios, favores soberanos, señaladísimas gracias.

Antes que el lucero de la mañana desterrase la oscuridad de la noche, fuíme á la iglesia con el fin de oír la primera misa, tal vez por aquello

de que «á quien madruga, Dios le ayuda, y no quería yo desmerecer tan soberana ayuda. Bien pronto me ví en medio de una muchedumbre de fervorosos fieles que acudieron á la misa del alba, y que llenaban no sólo la gran capilla de la Virgen de la Fuente—do se celebra aquélla—, pero tambien toda la nave derecha. Pedí mucho á la Sma. Virgen me deparase propicia un compañero fiel que me guiase en aquel día. Me acordaba mucho de mi antiguo amigo Don Luis Salerno, maestro municipal á la sazón, muy conocido, por lo tanto, en toda la ciudad por el oficio que desempeñaba, hombre al par que piadoso, desocupado.

—Mas ¿dónde podré hallarle á estas horas?—decía yo para mí.— ¿Y quién sabe si al presente se encontrará en ésta?

Pero, ¡cuál no sería mi sorpresa cuando al salir del templo, en medio de toda aquella confusa muchedumbre, oigo que me llaman con mi propio nombre! Miré al instante hácia á aquella parte de donde me pareció salía la voz, y ¡oh qué gozo!, víme frente á frente de aquél mismo amigo en quien tantas veces había pensado durante el acto más solemne de nuestra sacrosanta religion.

—¡Hola amigo! tú tambien por estas tierras! ¿A qué obedece tan feliz encuentro? ¿Qué motivos

te han traído á ésta? ¡Y tú, querido amigo, á estas horas en la iglesia! Estas fueron las primeras palabras que espontáneamente nos dirigimos. Él entónces comenzó á referirme cómo sin tenerlo por costumbre, é impulsado por una fuerza misteriosa de la que no sabía dar razon, había ido á oír la primera misa.

Llévele, pues, aparte, y una vez solos, le dije á mi vez, en el seno de la mayor confianza, y por consiguiente sin preámbulos:

—Esto y esto me pasa. Tú, querido amigo, puedes serme de grande ayuda en este negocio.

—Con mil amores; aquí me tienes á tu disposicion: manda á tu amigo, que á pedir de boca me tendrás siempre á tus órdenes.

Mi querido amigo mantuvo fielmente su palabra, y yo, con su ayuda y en su compañía, pude recorrer toda la villa, penetrando en las casas y familias más ricas, é inclinándolas á todas á favorecerme en mi demanda con la triste y conmovedora relacion del deplorabilísimo estado de abandono, en lo moral y religioso, en que desgraciadamente se hallaban los pobres labriegos pompeyanos, á la vez que las animaba á que gustasen las sublimes bellezas del Santísimo Rosario.

En verdad que no trabajé en vano: la aceptacion que mi proyecto encontró en Francavilla,

superó con mucho mis más halagüeñas esperanzas, y sería yo un ingrato si dejase de consignar en estas páginas, como monumento perenne de mi profundo reconocimiento, la generosa piedad de mis paisanos.

Personas de todas las condiciones y de todos los estados me honraron con el óbolo de su caridad; recuerdo especialmente entre éstas, algunos individuos que en la villa pasaban plaza de incrédulos y ateos. ¡Oh! pluguiese al cielo que aquella generosidad en favor de la Madre de Misericordia, fuese la buena semilla y como el primer estaban de esa bienaventurada cadena de disposiciones que les vaya cada vez más acercando á la verdad, hasta el punto de que finalmente, haciendo caer la fatal venda que cubre sus ojos, la vean claramente y la abracen con aquel intenso ardor que le es connatural á nuestra alma abrazarse con ella, segun observa sábiamente el gran Padre de la Iglesia San Agustin, cuando dice: *Quid fortius desiderat anima quam veritatem?* Y sea tambien un feliz agüero de aquella paz que en vano buscarán sus ansiosos corazones en el mundo, pues que éste no se la puede dar porque no la tiene; y no la tiene, porque solo se halla en el amor de Dios y en el de su bendita Madre. ¡Ah! ciertamente que la dulcísima Madre de Misericordia no se olvidará de

los que en las Pullas han tenido la dicha de ser los primeros que con su piadosa oferta han apoyado y promovido una obra que la es tan cara, y por cuyo medio ha querido acreditar una vez más su inmenso valimiento ante el divino acatamiento, y las inagotables riquezas de su maternal bondad en pro de los míseros mortales.

En el brevísimo espacio de solos cuatro días logré reunir la suma de 490 liras, suma que, atendidas la índole de la época y la brevedad del tiempo, pudo parecer fabulosa.

## CAPÍTULO X.

### AYUDA INESPERADA DEL CIELO Y PRODIGIOSA CURACION DE LA SEÑORA DOÑA CONCEPCION VASTARELLA.

Después de recorrer además —y por cierto con feliz suceso— la ciudad de Mesagne, mi pueblo natal y algun otro punto de las Pullas, volvíme á Pompeya.

Así que llegué acá, vinóme con los brazos abiertos y rebosando alegría mi querido amigo y celoso cooperador, Sr. Federico.

—D. Genaro —le dije— manos á la obra; ni un solo momento podemos ya detenernos. Urge

ante todo adquirir el terreno para, cuanto antes, echar los cimientos del nuevo templo, y por lo tanto es preciso volver á entablar tratos con el primer propietario, es decir, con el dueño del terreno que el Ilmo. Señor Obispo designó para esta obra, y está situado al lado de la vieja parroquia, en la provincia de Nápoles.

—Pero el propietario no cede—me contestó—y lejos de eso continúa en sus trece y por trescientos pasos exige nada menos que mil setecientas liras. De se modo, no tendremos para comenzar los cimientos.

—Consultemos, pues, antes sobre este particular á nuestro santo Prelado, que Dios se dignará hablarnos por medio de S. E. Ilma.

---

Corría la primavera del año 1876. A los frios y lluviosos días de Marzo, siguieron los hermosos y apacibles de la encantadora estacion de las flores, que bajo la influencia de los vivificadores rayos del brillante Febo, se anticiparon al tiempo, transformando la deliciosa y fecunda vega de Pompeya en un tapiz de mil variados y delicados matices. Era la mañana del 3 de Abril, cuando la Condesa y yo salíamos de la iglesia del Rosario, en la *Porta Medina*, fortalecidos con el Pan de vida eterna, para con nuevos